



REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 59. Rusia, 10 años después

Diez años de la nueva Rusia.
Francesc Serra Massansalvador

www.cidob.org

Diez años de la nueva Rusia

Francesc Serra Massansalvador*

RESUMEN

El presente artículo analiza la evolución de Rusia desde la disolución de la Unión Soviética, en 1991, hasta la actualidad. Con este objetivo, el autor pone un énfasis especial al debate identitario y social que conlleva la transición política e ideológica desde una URSS cualificada como superpotencia a un país que aspira a lograr una estabilidad política y económica y, a lo sumo, a preservar un área de influencia limitada como potencia regional. Para ello Rusia ha contado con un fuerte e incondicional apoyo internacional que le ha permitido superar numerosos inconvenientes, pero la dura transición que ha vivido este país no ha podido evitar un fuerte trauma colectivo de tipo ideológico e identitario; no sólo esto, sino que el proceso parece haber conllevado un importante menoscabo de los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos rusos, precio que a largo plazo podría ser excesivo para una población que aspira a la estabilidad y para un país que aspira al respeto y a la igualdad con el resto del mundo.

Palabras clave: Federación Rusa, crisis política, crisis económica, política exterior

La segunda mitad del año 1991 marcó una serie de procesos vertiginosos en los que se vio inmersa la Unión Soviética y que acabaron con la disolución de esa colosal experiencia política iniciada 74 años antes. A este proceso, del cual nos resulta difícil hallar precedentes o parangones, siguen dos consecuencias políticas que muestran un profundo interés en su análisis y cuyas últimas consecuencias están todavía por aparecer, a más de diez años vista de los hechos. En primer lugar, los nuevos estados surgidos de la disolución de la URSS se enfrentan a una nueva realidad política, que deben asumir, en muchos casos, una construcción nacional y una cohesión social alrededor de la misma que no estaba en absoluto consolidada tras la experiencia soviética; la propia Rusia no permanece ajena a esta desorientación identitaria que precisa una profunda reflexión y

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universitat Autònoma de Barcelona
francesc.serra@uab.es

un intenso debate social. En segundo lugar, y de un modo mucho más relevante, la desaparición del gigante soviético conlleva el fin de un orden internacional basado en la bipolaridad y el enfrentamiento entre potencias de una capacidad militar comparable, si no equiparable. El nuevo mapa internacional nos deja una situación imprevista y no planificada de hegemonía estadounidense no compartida (por lo menos en materia de seguridad) en que la nueva Rusia debe hallar una posición forzosamente incómoda de supeditación a un orden que ya no puede determinar ni condicionar.

La transición hacia una Rusia que debe enfrentarse, por un lado, a una nueva concepción de sí misma y de su realidad nacional y, por otro, a una nueva situación internacional, no se produce sin fuertes traumatismos, especialmente habida cuenta que todo ello transcurre en medio de una grave crisis que afecta prácticamente a todos los aspectos de la vida cotidiana de los rusos y del funcionamiento del propio Estado. Para analizar el proceso que ha vivido Rusia en estos diez años y la situación en que se encuentra el país en la actualidad, vale la pena exponer esta evolución en cinco áreas claves que han vivido especialmente esta transición: la economía, la situación social de sus ciudadanos, la evolución política e ideológica del país y la ubicación de Rusia en el mundo, para terminar analizando el papel de Rusia en la seguridad mundial y la nueva situación tras el 11 de septiembre.

ECONOMÍA: UNA RECUPERACIÓN DIFÍCIL Y LENTA

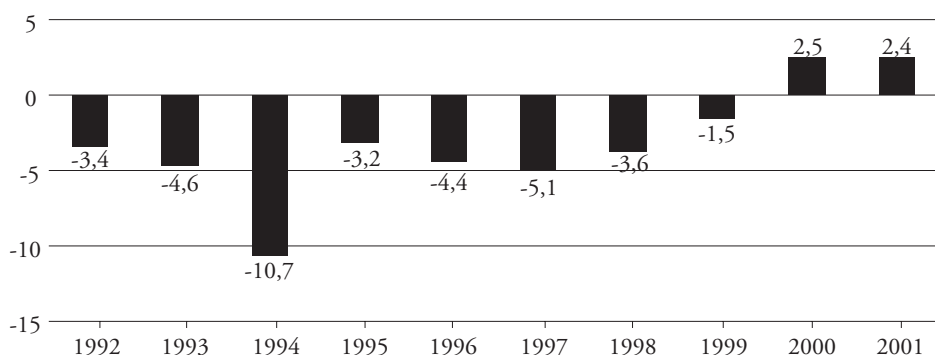
Es evidente que el proceso que llevó a la disolución de la URSS fue un fenómeno de raíz básicamente económica, agravado por una pésima gestión de las estructuras administrativas y, por lo tanto, en un régimen burocratizado como el soviético, las economías. Cuando el Estado, que se autootorga por su propia esencia histórica e ideológica un halo de eficacia técnica y perfección ideológica, no sólo se muestra incapaz de suministrar a la población bienes de consumo e incluso de subsistencia básicos, sino que se revela como una maquinaria rígida que impide el progreso de la economía, la sociedad empieza a exigir cambios políticos cada vez más radicales. Al mismo tiempo, la lucha política que, oculta tras la aparentemente pacífica reforma de la perestroika, enfrentó a los sectores de poder de la Unión Soviética, también perjudicó a sistemas de producción estrechamente vinculados a estos sectores de poder, que se vieron perjudicados por las luchas intestinas, por las indecisiones y los errores de las reformas emprendidas y por una inercia de funcionamiento obsoleto y corrupto iniciada muchos años atrás. El resultado fue que, con la disolución de la URSS, los nuevos líderes, ya liberados de sus oponentes de aquella etapa, se enfrentaban ahora a una tarea ingente de reconstruir un país devastado que había sido

una superpotencia hasta poco antes. Con una tecnología atrasada, una industria necesitada de una reconversión total y unos niveles de abastecimiento al consumo cada vez más precarios, era evidente que la economía rusa era incapaz, por si sola, de hacer frente a sus necesidades. La nueva situación política favorecía (estimulaba, de hecho) la iniciativa privada y la inversión extranjera, pero ambos procesos chocaban con una falta de infraestructuras, una sociedad desacostumbrada y hasta cierto punto reacia al capitalismo, unos recursos todavía monopolizados por el Estado y una insondable inercia burocrática. A ello podemos añadir que el entramado económico soviético, basado en gran medida en la complementariedad de sus componentes, veía como los mercados, materias primas y sistemas de producción debían adaptarse a las nuevas realidades políticas y precisaban, a su vez, de nuevos enfoques para los que no siempre los líderes estaban suficientemente preparados.

La recuperación económica de Rusia fue, y sigue siendo, extremadamente lenta, y de ello se ha resentido el bienestar de la población y el propio funcionamiento del Estado. Si el ritmo de privatizaciones ha sido lento ante la resistencia de unas elites económicas herederas del período soviético y todavía ancladas en la protección del Estado sobre la economía, la iniciativa privada ha podido hacerse un espacio reducido en empresas de nueva creación, dando lugar así a la formación de una nueva clase empresarial cuyo dinamismo choca y, a menudo, se enfrenta con las actitudes esclerotizadas de una clase dirigente celosa de sus privilegios y que todavía goza de fuertes influencias políticas durante este período.

Mientras tanto, la situación económica de los rusos no hacía otra cosa que empeorar. El Producto Nacional Bruto real de 1996 representaba tan sólo el 55% del de 1990, la deuda exterior crecía hasta alcanzar los 150 millones de dólares en el año 2000 y el Estado ruso mostraba claras dificultades para controlar su déficit público, como ilustra el siguiente gráfico:

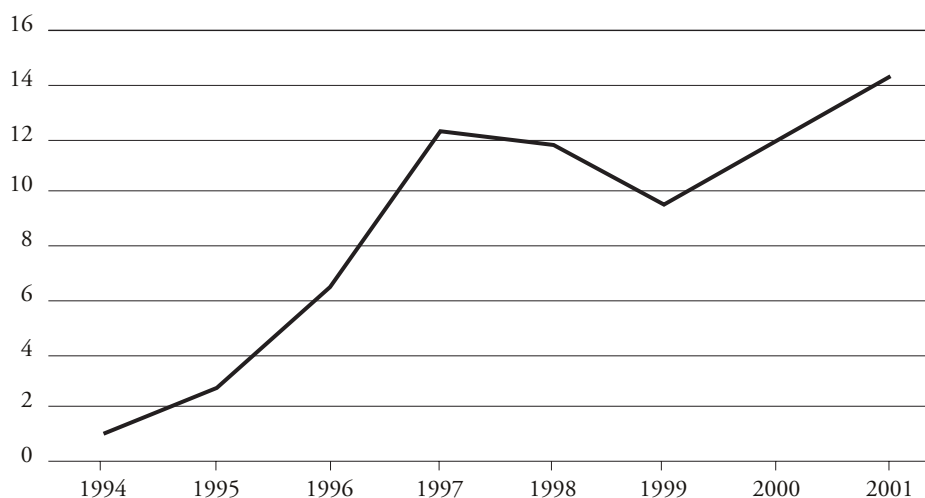
Cuadro 1. Déficit o superávit presupuestario en Rusia, 1992-2001 (en % del PNB)



Fuente: http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/sit.htm

La administración Yeltsin, primero, y más tarde la de Putin, quisieron estimular la inversión extranjera y la cooperación con las instituciones económicas internacionales como motores de la recuperación económica rusa. Aunque la respuesta desde los países occidentales siempre ha querido remarcar la solidaridad internacional con la transición política y económica rusa, los inversores han mostrado un serio recelo ante las posibilidades de beneficio a corto y medio plazo en un país donde se había perdido el hábito de la inversión económica y donde las infraestructuras presentaban serias carencias. Por otra parte, la inestabilidad de la economía rusa y la crisis social que vivía el país daban lugar a la generalización de una corrupción y de una economía paralela ya existentes desde el período soviético, y que dificultaban sobremanera la confianza internacional en la economía del país. La crisis financiera de agosto de 1998 supuso un grave contratiempo para la inversión extranjera en Rusia; el sector privado, especialmente europeo, retiró gran parte de las inversiones ya realizadas, con lo que dejó un mayor protagonismo a las instituciones oficiales occidentales en la economía rusa. El siguiente gráfico refleja la evolución de la inversión exterior en Rusia:

Cuadro 2. Evolución de la inversión exterior en Rusia, 1994-2001 (en millones de dólares)



Fuente: www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/sit.htm, basado en datos de The Russian State Statistics Committee.

Ante la precariedad de la recuperación productiva de la industria rusa y la franca crisis de su sector agrario, la economía del país se ha decantado a un valor tan seguro como es la exportación de hidrocarburos. Dicho sector ha aumentado su valor estratégico a raíz de la evolución política internacional en los años noventa a causa del incremento de tensión entre Occidente y diversos puntos de Oriente Próximo y Medio, lo cual ha favorecido la posición rusa como punto de origen (o de control, en el caso del gas centroasiático) de las fuentes de energía que precisan Europa y Estados Unidos. En el año 2000 Rusia era el principal productor de gas natural del mundo, con el 23,3% del total, y el tercer productor de petróleo bruto (tras Arabia Saudí y Estados Unidos), con el 9% de la producción mundial¹. Estas exportaciones se dirigen prioritariamente hacia la Unión Europea, que se ha convertido en el principal socio comercial de Rusia. De este modo, el 21% del petróleo importado por la UE en 1999 y el 41% de las importaciones de gas en 2000 provenían de Rusia. En conjunto, el comercio con la UE tiene una fuerte importancia para Rusia, puesto que en el año 2000 constituía el 25% de las importaciones rusas (unos 20.000 millones de euros) y el 35% de las exportaciones de este país (unos 45.000 millones de euros), mientras que para la economía comunitaria el comercio con Rusia tiene una importancia relativa, puesto que este país aportaba para dicho año sólo el 4,4% de las exportaciones y el 2,1% de las importaciones de la UE. El peso de los hidrocarburos en el comercio exterior ruso, y muy particularmente en los intercambios con la Unión Europea, condiciona fuertemente la actitud política de los dirigentes rusos hacia Occidente, al mismo tiempo que concede a Rusia un instrumento valioso para estabilizar sus relaciones con los países consumidores de productos energéticos, como veremos más adelante.

Por supuesto, el hecho de haber quedado relegada a un papel de exportador de materia prima no fue fácilmente asimilada por la que fue una gran potencia industrial, y supone una pérdida simbólica sólo asumida por la población y por la clase política como el precio necesario a pagar para salir de una profunda crisis que dañaba a la propia estabilidad social. Más traumático ha resultado para Rusia tener que recurrir a la ayuda internacional, lo que ha tenido que aceptar incluso antes de la disolución de la URSS. El programa TACIS, creado por la UE para canalizar la asistencia técnica y económica hacia los países de la antigua Unión Soviética, ha destinado a Rusia entre 1991 y 2001 un total de 1.489 millones de euros en concepto de Programas de Acción Nacional, y 890 millones de euros en concepto de Programas Regionales. Entre ayudas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras ayudas y créditos occidentales, Rusia ha recibido casi 30.000 millones de dólares. Y es poco probable que en los próximos años Rusia pueda prescindir de estos tipos de ayuda, puesto que los medios de producción todavía se hallan en un proceso de adaptación y reconversión, y la deuda externa alcanza unas dimensiones preocupantes, al haber llegado en 2000 a los 173.900 millones de dólares. La nueva marginalidad de la economía rusa es un hecho poco agradable, pero que los rusos han tenido que aceptar como modo de subsistir y de reactivar su economía.

Si los años de la era Yeltsin (1990-2000) han supuesto para Rusia los de una incierta recuperación y desprotección económica, el nuevo siglo ha arrancado con buenas expectativas bajo el más popular y aparentemente firme mandato de Putin. Tras la grave crisis financiera de 1998, la devaluación del rublo, que hizo aumentar la demanda de producción local, una serie de políticas macroeconómicas de estabilización acertadas y, sobre todo, un inesperado aumento en los precios internacionales de los productos energéticos llevaron a una rápida e inopinada recuperación económica. Ya en 1999 el PNB se reavivó al crecer un 5,8%, aumentó hasta un espectacular 8,3% en 2000 y mantuvo un digno 5% de crecimiento en 2001, descenso relativo atribuible a las oscilaciones en el precio internacional de los combustibles. La estabilidad política en Rusia, el creciente papel de sus hidrocarburos en la economía internacional y la lenta, pero cada vez más consolidada recuperación de su industria, permiten prever una estabilización en el crecimiento de la economía del país. Sin embargo, la excesiva dependencia en la exportación de materia prima energética aporta un elemento de fragilidad preocupante para un país de las dimensiones territoriales y demográficas de Rusia, y que debería corregirse rápidamente diversificando su economía y, sobre todo, haciendo que los inversores internacionales retomen la confianza sobre sectores económicos no exclusivamente energéticos.

EVOLUCIÓN SOCIAL: DE LA MISERIA COMPARTIDA A UNA SOCIEDAD DESILUSIONADA Y DESIGUAL

El fin del comunismo oficial representó un grave despertar para la sociedad rusa. La retórica ideológica que había presidido el Estado soviético desde 1917 quedaba vacía de contenido ante la evidente persistencia de injusticias toleradas o estimuladas por una Administración que nominalmente se mantenía fiel a unos principios revolucionarios igualitarios. No sólo la burocracia dirigente se veía incapaz de afrontar una grave crisis económica y política a pesar de su planificación supuestamente de rigor tecnocrático y de interés social, sino que la propia apertura del régimen dejó al descubierto la corrupción y las graves violaciones de los derechos humanos que había llevado a cabo (y todavía llevaba a cabo en cierta medida) el Estado heredero de la Revolución. El desconcierto social por el anquilosamiento del régimen se traduce en abierto descontento y exigencia de cambios hacia el final de la perestroika, en que gran parte de la población rusa muestra abiertamente su desilusión por el proyecto socialista y refleja anhelos por un bienestar (o, por lo menos, una estabilidad) que no puede garantizar la demagogia comunista. Los cambios políticos y económicos propiciados por Yeltsin fue-

ron bien recibidos por una gran masa social rusa, a pesar de los recelos y las dudas lógicas que acompañan estas evoluciones; la defensa del antiguo régimen y de sus contenidos ideológicos en estado puro quedó monopolizada por algunas de las elites beneficiarias del anterior *statu quo* y por distintos sectores sociales movidos a menudo por una imprecisa nostalgia y por el descontento hacia unas reformas de resultado incierto. Bien es cierto que esta nostalgia ha recibido a menudo fuertes espaldarazos electorales, debido sobre todo al descontento social, la desorientación ideológica y la inestabilidad del electorado ruso.

La transición desde una sociedad nominalmente socialista a una en la que la competitividad toma rango de norma tuvo su principal víctima en la sociedad rusa. No sólo el poder adquisitivo descendió en picado por una crisis económica que no permitía el lujo de la cobertura de las necesidades sociales de consumo; el Estado dejaba igualmente de erigirse en el responsable del bienestar social, aparecía el fantasma del paro y las clásicas conquistas de cualquier movimiento social, la generalización de la sanidad y la educación quedaban abiertas a un espíritu de mercado. Con ello, la sanidad pública, que ya experimentaba graves deficiencias en la última etapa soviética por dificultades presupuestarias, se convirtió en un recurso extremo y poco recomendable ante la profusión de una sanidad privada con gran cantidad de recursos, pero a la que raramente podía acudir aquél que ganase un sueldo medio. La educación también se resintió gravemente de la desidia de una Administración en estado casi letárgico, el fracaso escolar alcanzó cotas insospechadas y el absentismo escolar, reflejo clásico de una sociedad que ha perdido confianza en el futuro, se fue extendiendo por toda Rusia.

Con las sucesivas crisis económicas, la mayoría de los rusos veía como su nivel adquisitivo empeoraba hasta rozar la supervivencia, cualquier posibilidad de ahorro se desvanecía con la siguiente devaluación y los grandes capitales huían al exterior, evitando la reinversión en el país. Esta situación de depresión prolongada tuvo su máxima expresión en la crisis financiera de 1998; ese año la inflación fue del 27,6%, el rublo perdió el 72% de su valor y los salarios reales descendieron un 43% entre julio de 1998 y el marzo siguiente². En 1999 el paro registró su máximo nivel, con un 14,1% de la población laboral desempleada; el mismo año se calculaba que el 39,1% de la población rusa sobrevivía con unos ingresos inferiores al salario de subsistencia. La crisis de 1998 representa la culminación de un proceso de receso económico que, en realidad, se vivía desde la perestroika y que, visto en perspectiva, no representa sino un empeoramiento de unas condiciones de vida precarias ya existentes a lo largo de todo el período soviético. Pero en la nueva Rusia este proceso viene acompañado de un desconcierto ideológico y social y de una sensación acuciante de desamparo por parte del Estado y de la propia sociedad.

La desconfianza hacia una Administración que se percibe como corrupta, la desaparición de un modelo político de alta retórica paternalista y la desilusión respecto a un concepto de sociedad que se pretendía solidario y de valores morales elevados pero

que se muestra ahora egoísta y competitiva suponen un combinado de factores plenamente destructivos. La realidad cotidiana se convierte en una transición dolorosa hacia la incertidumbre, cualquier mensaje social o solidario tiene en Rusia el tinte de lo caduco y lo falso tras la experiencia soviética, y el progreso individual y colectivo se adivinan como una quimera que nadie osa garantizar. La marginalidad social se abre camino en la sociedad rusa de modo jamás conocido durante la era soviética, y el Estado se ve incapaz de controlar el gran número de mendigos, vagabundos, prostitutas, niños abandonados, ancianos sin recursos, etc. La sanidad pública y los servicios sociales, ya deteriorados, no pueden asumir el alto incremento en desnutrición, alcoholismo, VIH y otros síndromes y enfermedades crónicas, maternidades adolescentes, etc.

A este cuadro lamentable hay que añadir otro hecho no menos preocupante, aunque sólo fuera por su carácter históricamente inaudito. Rusia vive una grave crisis demográfica. Según la publicación de la ONU *State of the World Population 2001* la población de Rusia, que actualmente se sitúa en los 145 millones de habitantes, podría descender a los 104 millones en el año 2050. Los motivos hay que buscarlos no sólo en una tendencia a la emigración, que parece haberse estancado; la realidad es más cruda: la mortalidad se ha disparado por los bajos niveles de asistencia sanitaria, por la generalización del alcoholismo y por una tendencia general a descuidar la salud, especialmente entre la población masculina. Por otra parte, la mujer rusa, educada, consciente y muy independiente tras la experiencia soviética, no suele plegarse a las formas tradicionales de familia, valora sus oportunidades profesionales, retrasa el matrimonio y regula conscientemente su descendencia. Hay que tener en cuenta, además, que apenas hay trabas legales o sociales para acceder a casi cualquier método contraceptivo, pese a lo cual el aborto sigue siendo una práctica muy habitual. La sociedad rusa, envejecida y menguante, parece no tener incentivos en asegurar su propia continuidad. En estas tendencias demográficas vemos reflejada, una vez más, la escasa confianza en el futuro de la actual generación rusa³.

El descenso demográfico ruso tiene difícil solución y, en realidad, hay que puntualizar que responde a una tendencia ya iniciada desde hace medio siglo. El resto de indicadores sociales no dejan de ser preocupantes, pero la incipiente recuperación económica tras la crisis de 1998 deja un lugar para la esperanza. Es de prever que si se mantiene la tendencia a la mejora de la economía rusa, los peores reflejos de una sociedad enferma y desilusionada deben, cuando menos, contenerse. Al lado de los nuevos fenómenos de miseria urbana y rural, emerge en Rusia una nueva clase privilegiada y de alto nivel adquisitivo que ya constituye una sociedad dentro de la sociedad rusa; las tendencias económicas actuales tienden a favorecer la expansión de una clase media estabilizada y con capacidad de consumo; las formas más onerosas de pobreza, incluida la marginalización de ancianos y enfermos pueden tender, en una coyuntura de estabilidad económica, a una periferia social más o menos delimitada. Pero el gran cambio

en la sociedad rusa es que ahora existen estas jerarquías sociales, y que son aceptadas como algo positivo para el propio progreso del país. En el régimen anterior, la población vivía una igualdad engañosa y de mínimos, en un modelo a no imitar, pero por lo menos aprendía a considerar la igualdad como un valor y la protección por el Estado como un deber de éste. Los rusos, en la actualidad, siguen aprendiendo a defenderse de su propio entorno, pasando bruscamente de un engaño infantil a un traumático despertar, a una responsabilidad adulta a la cual tal vez no hubieran deseado acceder si la historia no les hubiera empujado a ello.

EVOLUCIÓN POLÍTICA: EL CAMINO HACIA UN MODELO IMPRECISO

Al describir, en el apartado anterior, el estado deplorable en que se ha visto inmersa la sociedad rusa, por lo menos durante la larga transición del período Yeltsin, es decir en la década de los noventa, he anticipado el fuerte descontento que ha presidido el pensamiento y la sociedad rusa a lo largo de este período. El hecho de que la disolución de la URSS y el fin del comunismo tuvieran un fuerte apoyo popular refleja únicamente el rechazo a un sistema caduco, pero no por ello hay que suponer un apoyo masivo y entusiasta a un régimen liberal y capitalista, y mucho menos a un Estado ruso que prescinde de un área territorial consolidada a lo largo de los siglos en el imaginario ruso como su propia patria. Aún ante la evidencia de haber vivido bajo un régimen represivo y demagógico, el recuerdo de la grandeza soviética contrastaba con una realidad política incierta e incapaz de garantizar el bienestar social.

Si bien Yeltsin contó casi siempre con un respaldo parlamentario suficiente, sobre todo después de 1993, y sus políticas tenían un apoyo popular básico (aunque ello no se reflejase necesariamente en un apoyo a su figura política, especialmente al final de su mandato), la oposición política, capitalizada sobre todo por el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF) de G. Ziugánov y, de una manera más desigual, por el Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR), de V. Zhirinovski, de extrema derecha, han mostrado repetidamente su capacidad de movilización social. En otoño de 1993 Yeltsin tuvo su peor enfrentamiento político cuando el Parlamento o Duma, heredero todavía de las últimas elecciones soviéticas de 1990, se enfrentó directamente con la Presidencia. La trágica escalada de acontecimientos, que culminó con la toma del edificio de la Duma a sangre y fuego y un resultado de 145 muertos, pareció no perjudicar la figura de Yeltsin, sino más bien al contrario. No sólo reforzó su apoyo internacional, sino que demostró un cierto apoyo social al ganar el referéndum de reforma

de la Constitución que había convocado para el 12 de diciembre del mismo año. El mismo día el partido que lo apoyaba, “Opción de Rusia”, resultó ser la candidatura más votada para la nueva Duma, con 96 escaños sobre 450 (el LDPR obtuvo 70, y el KPRF 65)⁴. A pesar de ello, la inestabilidad parlamentaria forzó el retorno a las urnas en diciembre de 1995. En esta ocasión el KPFR resultó la fuerza mejor representada, con 157 parlamentarios, ante los 55 de la nueva fuerza presidencialista, “Nuestra Casa es Rusia” (NDR) y los 51 del LDPR. Cinco años más tarde el KPRF revalidó su primer puesto con 113 escaños, mientras que el entorno proYeltsin quedaba fragmentado en diversas candidaturas que aunaban una mayoría parlamentaria inestable y el LDPR, reconvertido en “Bloque Zhirinovski” apenas reunía a 17 parlamentarios.

A pesar de este apoyo parlamentario irregular, Yeltsin ha sabido mantener el control sobre la política rusa y, sobre todo, consolidar su dominio personal del poder. Sus críticos siempre han resaltado precisamente la precariedad de su respaldo popular, que dependía en gran parte del apoyo que recibía de la comunidad internacional y lo que ello representaba en cuanto a estabilidad económica. Lo cierto es que la primera elección de Yeltsin como presidente de Rusia se produce todavía dentro de la URSS, en junio de 1991, en que obtuvo un clamoroso 57,3% ante varios candidatos comunistas –N. Rizhkov, el mejor situado de ellos, consiguió un 16,9%– y un Zhirinovski que ya obtuvo un 7,8% de los votos. Cinco años más tarde, en una Rusia inmersa en la crisis y el desencanto, a Yeltsin le costó más de lo previsto revalidar su cargo. En la primera vuelta, el 16 de junio de 1996, obtuvo un 35,3% de los votos ante el 32% de Ziugánov; en la segunda vuelta, el 3 de julio, Yeltsin se impuso con un ajustado 53,8%, ante el 40,3% de Ziugánov. Los años siguientes no contribuyeron a aumentar la popularidad de Yeltsin; al contrario, su personalidad estaba vinculada popularmente cada vez más a una imagen de corrupción, incapacidad y autoritarismo. Las encuestas mostraban un rechazo cada vez mayor a su actuación, lo que debía hacerle replantearse las posibilidades de continuar en política ante la inminencia de las elecciones presidenciales, previstas cada cuatro años. Sea como fuere, en diciembre de 1999 Yeltsin anunció su retirada de la política activa y la promoción de Vladimir Putin como nuevo hombre fuerte del país. En las elecciones de marzo de 2000 Putin obtuvo, ya en la primera vuelta, el 52,9% de los votos, frente al 29,2% del eterno opositor Ziugánov. La evolución posterior del mandato de Putin ha confirmado la popularidad del nuevo presidente, que se ha consolidado en el poder y obtiene en las encuestas un amplio apoyo social, superior a menudo al 70%.

Si una constante podemos percibir en la evolución política de Rusia en esta década, es el valor electoral y social de las opciones rígidas y coherentes. Yeltsin alcanza sus mayores índices de popularidad cuando se enfrenta con un Gorbachov caduco y pusilánime, entre 1990 y 1991; ante unos golpistas obsoletos y descoordinados, en agosto de 1991; o ante una Duma díscola y multiforme, en octubre-noviembre de 1993. Más adelante, un Yeltsin burocratizado y plegado a las exigencias de las instituciones inter-

nacionales, incapaz de sacar al país de la crisis o ni siquiera de conseguir una rápida victoria en Chechenia, difícilmente puede convocar el fervor de las multitudes. Por otra parte, los rivales directos de Yeltsin no se caracterizan precisamente por su talante democrático y flexible y representan, cada cual a su modo, la exigencia popular de una Rusia prepotente que se haga respetar por el mundo y que logre una gran cohesión social. La opción política más cercana a las democracias de corte occidental, el Yabloko de G. Yavlinski, en ningún caso supera el 8% de los votos. Y en cuanto a Putin, no resulta fácil ver en él un político más amante que su antecesor del pluralismo y de la participación de los diferentes sectores sociales en el poder, especialmente si analizamos su actuación en Chechenia y el control que ha querido ejercer sobre los medios de comunicación del país; ello, sin embargo, no parece ser óbice para que reciba un fuerte apoyo popular. Más allá del tópico ya muy manido que atribuye al pueblo ruso una tendencia innata al autoritarismo por sus condicionamientos históricos, culturales e incluso geográficos, hay que ver en esta reciente evolución política el reflejo de una sociedad necesitada de una dirección fuerte para enfrentarse a una crisis aguda y para devolver al país un orgullo que considera perdido.

En este sentido, cabe mencionar el profundo sentimiento de victimismo que vive Rusia a lo largo de este período. Sentimiento comprensible si tenemos en cuenta el salto cualitativo que vive el país en pocos años: de ser una superpotencia capaz de enfrentarse políticamente a cualquier otra, centro de una de las opciones ideológicas y estratégicas de un mundo bipolar, pasa no sólo a ser una potencia regional, ni siquiera un “país como los demás”, sino que se convierte en un país pauperizado y despedazado, sometido a la caridad de las instituciones financieras internacionales y a un entorno mundial que ya no puede condicionar. Cunde en Rusia la sensación de que todo ello, incluida la desorientación ideológica, la degeneración moral y la crisis demográfica en la sociedad rusa, son consecuencia de la prolongada ofensiva que el mundo occidental ha realizado contra Rusia a causa del enfrentamiento bipolar de la Guerra Fría, de la lucha contra el comunismo soviético o, incluso, del recelo hacia los valores culturales rusos⁵. El victimismo ruso es alimentado por la demora en la recuperación económica, y da lugar a un antioccidentalismo que, en realidad, no es nuevo en la tradición política rusa⁶, pero que en esta etapa muestra claros referentes ideológicos que dan lugar a fuertes movimientos sociales. En primer lugar, como ya hemos visto, una nostalgia de la grandeza de Rusia en tanto que Unión Soviética, traducida en un sólido respaldo a los candidatos comunistas, en el seguimiento de las celebraciones tradicionales de la URSS (1 de mayo, 17 de noviembre, etc.) y en el surgimiento de numerosos movimientos neobolcheviques a menudo radicalizados y enfrentados entre sí. El segundo fenómeno político que refleja este victimismo son los movimientos de extrema derecha ultranacionalistas y agresivos, cuyo ejemplo más conocido y popular es el Partido Liberal Democrático de Zhirinovski. A pesar del discurso retórico y violento de este líder, numerosos grupúsculos le superan en agresividad e inclu-

so en simbología radical, sin desdeñar a menudo el antisemitismo y la parafernalia nazi. Más allá del ámbito político, otro fenómeno social digno de ser recalcado es la revitalización de la Iglesia Ortodoxa Rusa, que se convierte pronto en un referente incluso entre los declarados no creyentes⁷. La nueva jerarquía eclesiástica se dota pronto de una retórica tradicionalista, nacionalista, victimista, antioccidental y antiecuménica en que se ve reflejada gran parte de la sociedad rusa.

Uno de los principales agravios de este sentimiento de opresión tan extendido en Rusia durante esta etapa es la desfiguración de Rusia en su ámbito nacional “natural”. Si para muchos rusos la disolución de la URSS fue un acto deliberadamente provocado para debilitar a Rusia amputándole grandes partes de su territorio, esta agresión intolerable tenía su continuidad en la permisividad internacional (con la complicidad de las elites rusas corruptas) ante la pérdida de cohesión social y territorial de Rusia (o de “lo que queda de Rusia”). En este contexto, debemos entender la primera operación militar sobre Chechenia (1994-1996) como un intento de Yeltsin por recobrar el favor popular al recuperar para Rusia su integridad territorial y, por lo tanto, moral. La condena internacional de dicha operación sería, para este pensamiento ampliamente extendido, una muestra del recelo occidental sobre la posibilidad de una recuperación de la dignidad de Rusia, y el fracaso del operativo, una evidencia de la corrupción y la ineficacia de un Gobierno títere, pero al mismo tiempo una muestra de la decadencia de las fuerzas armadas de Rusia y de la falta de cohesión que ha alcanzado el pueblo ruso, incapaz de mostrarse unido alrededor de una campaña de interés nacional.

Al mismo tiempo que Rusia busca recuperar su cohesión territorial reintegrando, con métodos no siempre loables, las regiones con tentaciones secesionistas, el país debe readaptarse a una nueva realidad nacional, lo cual tampoco resulta un camino fácil. Si resulta doloroso renunciar a territorios históricamente conquistados por Rusia y con los que este país ha compartido parte de su evolución histórica, como es el caso del Cáucaso, los países bálticos o Asia Central, para la mayoría de los rusos es absurdo tener que cruzar fronteras para viajar a Ucrania o Bielarrús, países que son considerados no ya como de un mismo conjunto cultural, sino de una única realidad nacional. Este sentimiento (por otra parte, compartido por muchos ucranianos y, sobre todo, bielorrusos) alimenta la nostalgia de los regímenes anteriores y choca con la tendencia a la cohesión de los nuevos estados (incluida Rusia), que refleja en las nuevas fronteras las realidades nacionales que tienden a consolidarse. Lentamente, tanto la sociedad como la clase política y la intelectualidad rusas han ido adaptándose a la nueva realidad política y a la ubicación en un marco internacional de las relaciones con su antigua área de influencia directa. Pese a ello, persiste en gran parte de la sociedad rusa la sensación de que la atomización del espacio nacional tradicional ruso es fruto de una penalización o de una prevención por parte de sus antiguos rivales, y que una recuperación del papel de Rusia ante el mundo y ante sí misma pasa por la reintegración de este espacio.

RUSIA EN EL MUNDO: LA BÚSQUEDA DE UN ESPACIO PROPIO

Como hemos visto en los capítulos anteriores, el papel internacional de Rusia representa una preocupación prioritaria tanto en la opinión pública rusa como en la clase política del país. A la sensación de agravio presente en gran parte de la población rusa por la pérdida de un peso importante en la esfera internacional, se añade la necesidad de restablecer un área de influencia directa como garante de una recuperación y una estabilidad del país que la arranque definitivamente de la grave crisis que padece en este período. Podemos distinguir dos áreas en las que Rusia intenta restablecer su influencia directa: en primer lugar, el antiguo espacio soviético; y, en segundo lugar, la revalidación para Rusia del carácter de gran potencia ante las instituciones internacionales y ante las otras potencias.

Ya hemos visto la alta carga simbólica que para Rusia contienen los países que habían constituido la Unión Soviética, y que son designados como el “extranjero próximo”. Ello se debe a varios factores, como son: a) la disconformidad con una partición que se considera impuesta o sobrevenida; b) la restauración de un espacio económico y estratégico concebido en su momento como una unidad y que, idealmente, podría permitir la reconstrucción de un poderío económico y, por lo tanto, político; c) la supuesta existencia de una comunidad de intereses cohesionada por décadas, o siglos, de vida en común, asentada por una identificación cultural intensa (en el caso de Ucrania o Bielarrús) o capaz de superar diferencias religiosas y lingüísticas (en los países asiáticos) y que justifica la rehabilitación de una unidad política; d) la persistencia de numerosas comunidades de rusos o eslavos, especialmente en Estonia, Letonia, Moldova, Kirguizistán y el norte de Kazajstán.

En el momento de la disolución de la URSS, en diciembre de 1991, los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielarrús proveyeron la creación de un organismo que siguiera coordinando las actividades fundamentales (básicamente, las económicas y militares) del Estado que estaba a punto de perecer. Al proyecto de creación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), se añadió rápidamente el resto de repúblicas resultantes de la eclosión soviética, a excepción de las bálticas y de Georgia, país que se integraría más tarde. Sin embargo, la CEI tuvo serias dificultades para consolidarse. Por una parte, los nuevos estados, inmersos en un proceso de construcción estatal (y, a menudo, de construcción nacional) intenso, se mostraban más interesados en consolidar y reforzar las instituciones propias que en mantener las comunes existentes. Por otra, Rusia, la principal interesada en mantener la cohesión del conjunto, vivía una crisis que la incapacitaba para atraer a las otras repúblicas hacia su influencia. Al igual que en el proceso de desintegración de la URSS, Ucrania también tuvo un papel impor-

tante. Las políticas nacionalistas del presidente L. Kravchuk favorecían un alejamiento del anterior centro de poder en Moscú y promovían una visión de la CEI más cercano a una organización internacional de funciones difusas que a la cuasiconfederación que preveían las primeras expectativas. Una actitud arrogante de amplios sectores políticos rusos ante Ucrania por cuestiones como la reivindicación de Crimea, la titularidad de la flota del mar Negro o la deuda energética ucraniana contribuyó, en los primeros años de independencia, a tensar las relaciones entre Kíev y Moscú y, consecuentemente, a paralizar el funcionamiento de la CEI. Sucesivamente, proyectos como los de crear una unión aduanera, una moneda común o unas fuerzas armadas unificadas chocaron con las tendencias centrífugas de Ucrania y otros países como Uzbekistán, Georgia, Azerbaidzhán o Moldova, y la CEI se convirtió en poco más que en un foro de encuentro periódico con escasos resultados prácticos.

A partir de 1993, Rusia decidió canalizar sus proyectos de integración y cooperación económica y militar de modo independiente de la CEI y con una geometría variable, con los países mejor dispuestos, especialmente Kazajistán, Kirguizistán y, sobre todo, Bielarrús. En este último caso, el entusiasmo prorruso y la nostalgia soviética del presidente A. Lukashenka, elegido en 1994, resultaron un regalo envenenado para los proyectos de Moscú. El carácter autoritario y el discurso antioccidental y antidemocrático del presidente bielorruso resultaban difíciles de digerir para Yeltsin, especialmente ante sus aliados occidentales. Pese a ello, ambos presidentes firmaron en 1997 un proyecto de Unión que, desde entonces, ha avanzado poco. La actual presidencia de Putin, sin llegar a denunciar de momento el proyecto de Unión de 1997, se ha distanciado notablemente de Lukashenka y de sus métodos, lo que no resulta un buen augurio para lo que tenía que ser, para muchos rusos y bielorrusos, el primer paso hacia la restauración del espacio nacional común.

La evolución económica y política de la región ha favorecido, a medio plazo, los intereses de Rusia en la misma. La economía de los países de la CEI se ha estancado o ha caído en picado, como en el caso ucraniano, a falta de fuertes ayudas exteriores; los conflictos existentes en los países de la CEI, como Tadzjikistán, Nagorni-Karabaj, Abjasia o Transdníester, han precisado la intervención militar o diplomática rusa para su pacificación, sin que por ello hayan quedado resueltos; los intereses mostrados por potencias vecinas, como Turquía o Irán, sobre Asia Central o el Cáucaso, se han desvanecido o minimizado ante la inflexibilidad de Rusia y la presión de Occidente para preservar los intereses rusos; las ínfulas de algunos países como Uzbekistán para erigirse como potencia regional han chocado con el desinterés y la rivalidad de los estados vecinos, y por su propia incapacidad de ejercer una influencia real más allá de sus fronteras; por último, a pesar de que algunos estados poseen materias primas suficientes para sanear sus economías o, por lo menos, escapar a la influencia rusa, Rusia sigue controlando las vías de exportación (gasoductos y oleoductos) de estos recursos, con lo que condiciona nota-

blemente sus economías. Todo ello ha permitido a Rusia, especialmente desde la recuperación económica iniciada en 1999, volver a presentarse como el líder natural del grupo formado por la CEI. Dos acontecimientos de 2001 parecen haber impulsado notablemente este proceso: en primer lugar, la grave crisis política vivida en Ucrania, donde el presidente L. Kuchma, acuciado por una oposición unida en su contra y por un prolongado chantaje energético por parte de Rusia, ha tenido que doblegarse a la presión del Kremlin; en segundo lugar, los sucesos del 11 de septiembre y la consecuente guerra de Estados Unidos contra el terrorismo internacional han favorecido el papel de Rusia en el mundo y su influencia indiscutible sobre el área de la CEI. Todo ello ha permitido que la cumbre de la CEI de Moscú, en noviembre de 2001, decidiera revitalizar la organización y reconociese en Putin el papel de hombre fuerte de la Comunidad.

Hay que destacar que, si bien Rusia ha reclamado y obtenido con cierto éxito una influencia sobre los países de la CEI, no sucede lo mismo con los países bálticos, a los que Moscú sigue considerando como “extranjero próximo”, pero que siempre se han opuesto a ingresar en la CEI. Rusia ejerció presión en su momento para que estos países respetaran los derechos de las minorías rusófonas y para que se abstuvieran de solicitar su ingreso en las organizaciones occidentales, especialmente en la OTAN. Si bien los gobiernos de Estonia y Letonia, los principales implicados, acabaron enmendando sus legislaciones respectivas para cumplir las exigencias del Consejo de Europa y de la OSCE en cuanto a minorías nacionales y lingüísticas, han mantenido sus candidaturas al ingreso a la UE y a la Alianza Atlántica. Rusia ha acabado aceptando la primera en aras de mantener sus buenas relaciones con Bruselas, pero sigue viendo como una amenaza la presencia de la OTAN en lo que fue territorio soviético hasta hace poco.

Así como Rusia ha pretendido y, en parte, conseguido, mantener su influencia en lo que había sido el espacio soviético, también ha querido preservar una posición privilegiada en la esfera internacional, a un nivel parecido al de la antigua URSS pero sin recurrir a la conflictividad y tensión que aquella mantenía con las otras potencias. Las razones de esta pretensión son igualmente variadas: a) Rusia se considera la heredera principal de la antigua URSS y, por lo tanto, del espacio que aquella potencia ocupaba en el mundo; b) Rusia sigue siendo la segunda potencia armamentística en lo que a capacidad nuclear se refiere; c) como líder de la Comunidad de Estados Independientes, Rusia representa a una proporción nada desdeñable de la humanidad (la CEI cuenta con casi 350 millones de habitantes), y ella sola sigue siendo el país más extenso del mundo; d) por su expansión histórica y por la influencia que ha ejercido su cultura, Rusia sigue siendo un referente necesario en gran parte del mundo.

La comunidad internacional, en general, ha tenido buen cuidado en respetar el papel de Rusia en tanto que potencia. Tras la disolución de la Unión Soviética, Rusia ocupa el puesto permanente de la URSS en el Consejo de Seguridad de la ONU, con la aquiescencia tanto de los países de la CEI como de los otros miembros del Consejo de Seguridad.

La nueva Rusia se apresura a ingresar en las organizaciones internacionales a las que la URSS se había opuesto con empeño, y es bien recibida en ellas. En diciembre de 1991 pasa a formar parte, como miembro fundador, del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN), organización promovida por la OTAN, y en abril de 1992 ingresa en el Fondo Monetario Internacional (FMI), que empieza a conceder créditos a la maltrecha economía rusa. Durante la crisis de otoño de 1993, Yeltsin recibe un fuerte espaldarazo de sus aliados occidentales, a pesar del modo abrupto con que solucionó sus diferencias con la Duma. A principios de 1994 Rusia formaliza su adhesión al Consejo de Europa, en junio de 1994 pasa a formar parte de la Asociación por la Paz, otro organismo impulsado por la OTAN, y un mes más tarde es admitido en las reuniones de carácter político del G-7, que empezará a ser conocido como G-8.

SEGURIDAD: DEL RECELO HACIA LA OTAN A LA COOPERACIÓN TRAS EL 11-S

Este idilio con Occidente parece tener un abrupto receso a raíz de la primera intervención en Chechenia, en diciembre de 1994. En efecto, personalidades, gobiernos y organizaciones internacionales condenaron la actitud agresiva de las tropas rusas, y las relaciones de Moscú con el exterior se deterioraron notablemente⁸. Si bien las relaciones con Occidente se van restaurando paulatinamente a partir de mediados de 1995, sobre todo con la UE, se va a mantener un cierto recelo mutuo, especialmente en un área tan delicada como es la de la seguridad. De este modo, la ampliación de la OTAN hacia Europa Central supondrá un obstáculo importante en las relaciones de esta organización con Rusia, susceptible hacia la llegada de la Alianza Atlántica a su frontera. Del mismo modo, Yeltsin se desmarca claramente de las iniciativas occidentales en el campo de la seguridad. Ya en diciembre de 1998 Rusia protestó contra las incursiones aéreas occidentales sobre Irak e, incluso, a raíz de un viaje a India, el primer ministro Primakov llegó a insinuar la posibilidad de crear un “triángulo de seguridad” con China e India para contrarrestar la influencia estadounidense. A pesar de la difícil y tortuosa ratificación por parte de la Duma del tratado START II (no lo aprueba hasta abril de 2000, siete años después de su firma), la tensión con la OTAN alcanza un punto álgido en la primavera de 1999, cuando Rusia protesta por los bombardeos sobre Yugoslavia e intercede a favor de Belgrado. Paralelamente a esta actitud de enfrentamiento en materia de seguridad, Occidente revalida su confianza a Rusia en otras áreas, especialmente en dos momentos delicados como fueron la crisis financiera de 1998 y la segunda intervención sobre Chechenia, en 1999. En el primer caso tanto el FMI como la UE intervienen con

fuertes créditos para intentar frenar la caída del rublo y para apoyar la recuperación económica del país. En el caso de la segunda guerra de Chechenia, los países occidentales evitan cualquier pronunciamiento crítico para no herir las susceptibilidades rusas, a pesar de que la nueva operación repetía las atrocidades de la primera.

La elección de Putin poco cambia las cosas, en un primer momento. El nuevo presidente ruso estrecha relaciones con la Unión Europea, pero no oculta su disgusto hacia las actitudes de la OTAN y, muy especialmente, de la administración Bush. A mediados de 2001 Rusia y Estados Unidos están enfrentadas por los proyectos defensivos de Washington, puesto que Putin considera que el escudo antimisiles de Bush vulnera el tratado ABM de 1972; la política comercial de EEUU y la escasa disposición de Washington a ratificar el protocolo de Kyoto también sitúan a Moscú, junto con la UE, en una posición crítica hacia la administración Bush.

Pero esta situación da un vuelco a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001. De repente, Rusia ve, y aprovecha, una magnífica ocasión para crear un nuevo marco de relaciones con Estados Unidos y Occidente. En la nueva ofensiva antiterrorista, Bush necesita un camino seguro para hacer llegar sus tropas a Afganistán, y Putin puede ofrecerle aquello que ya utiliza hace tiempo para aprovisionar a la resistencia antitalibán, a través de Uzbekistán. De repente, las diferencias entre ambos países parecen desvanecerse; los dos presidentes se encuentran en Texas en octubre, donde anuncian, por un lado, el fin de las reticencias rusas a los planes defensivos norteamericanos y, por otro, una sustanciosa reducción de los misiles estratégicos de ambos países hasta nivelarlos en 7.000 cabezas. El nuevo contexto de relaciones amistosas entre ambas potencias es mutuamente favorecedor: Estados Unidos no sólo gana un corredor hacia Kabul, también apuesta por un nuevo aliado altamente estratégico con quien se suprimen los principales recelos ante la nueva estrategia ofensiva de la Casa Blanca. Por otra parte, Rusia ofrece una producción interesante de hidrocarburos que puede suplir la cada vez más complicada importación de petróleo árabe. En cuanto a Rusia, las ventajas que puede obtener de la nueva situación son múltiples; por un lado, consolida su control sobre el espacio de la CEI ante las nuevas necesidades estratégicas internacionales (ante la posición dubitativa de Uzbekistán en la operación sobre Afganistán, Washington parece favorecer una Rusia fuerte en la zona); por otro, en la lucha contra el terrorismo internacional, Moscú ve una súbita comprensión hacia sus actitudes pasadas, presentes y futuras en Chechenia; por último, el incremento de la tensión en Oriente Medio y Próximo favorece la opción rusa para la exportación del petróleo del mar Caspio, causa de gran parte de los conflictos en la zona durante la década de los noventa⁹.

Aparentemente, esta situación ha allanado la hasta ahora tortuosa relación de Rusia con Occidente. Por supuesto, permanecen algunas dudas importantes como pueden ser la capacidad de la economía rusa de mantener su actual crecimiento, o los límites del apoyo de Rusia a la ofensiva antiterrorista de Bush. Existen, por supuesto, algunas dife-

rencias sustanciales, como el hecho que Putin haya negado su apoyo incondicional a una eventual invasión de Irak prescindiendo de Naciones Unidas. Otro punto de incertidumbre son las relaciones entre Rusia y la UE, perjudicadas por el idilio ruso-estadounidense y por las perspectivas de desvío de hidrocarburos rusos hacia Norteamérica. Pero Rusia parece haber encontrado la ocasión ideal para ofrecer y hallar seguridad de sus competidores más poderosos, y ello supone una oportunidad magnífica para consolidar una recuperación económica, política y social muy necesaria para ella, y también para el mundo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Rusia ha debido cruzar una larga travesía del desierto tras la disolución de la URSS, y probablemente todavía le queda un largo trecho de esta travesía hasta hallar la estabilidad necesaria y un lugar propio en el mundo. Los años de la era Yeltsin han significado una dura transición durante la cual la población rusa no sólo ha tenido que soportar fuertes penurias económicas y una larga y dolorosa inestabilidad social, sino que ha debido reubicar su propia identidad nacional. Ello ha hecho que este país se reencuentre con un debate ya centenario sobre el significado de la nación rusa ante sus propios componentes y hacia el resto del mundo. Sin embargo, la gran novedad de dicho debate en esta nueva fase ha sido un posicionamiento internacional que considera desde un punto de vista pragmático y utilitario el papel que puede desempeñar Rusia en el marco internacional. Fruto de ello, Rusia y, más concretamente, sus dirigentes, han hallado en la esfera internacional un apoyo que, a menudo, ha posicionado la estabilidad del país por encima de las garantías democráticas y de los derechos humanos.

Este apoyo ha sido imprescindible para que Rusia pudiera sortear los numerosos inconvenientes que ha hallado en esta década de inestabilidad y, sobre todo, haya podido sortear, tal vez definitivamente, los peligros de la nostalgia soviética, del particularismo esencialista panruso y de la experimentación política. Rusia, por primera vez en décadas, se reconoce a sí misma como un país “como los demás”, y halla en esta identidad no sólo una estabilidad social y un reconocimiento internacional, sino incluso un progreso económico aparentemente sólido. Cabe esperar, en este punto, que Rusia, y la comunidad internacional que la apoya, no olviden el apartado que parecen haber dejado a un lado en bien de la cohesión del país: el respeto a los derechos humanos, a la ciudadanía en general y a las minorías en particular. Sólo así podrá garantizarse de manera estable la continuidad del progreso de Rusia y la estabilidad de una nueva dimensión del Estado ruso en que sus habitantes puedan sentirse realmente cómodos y libres dentro de esta Rusia reencontrada, ahora sí, consigo misma.

Notas

1. Estos datos y la mayor parte de los que vienen a continuación han sido extraídos de *L'état du monde 2002* (y ediciones anteriores, Éd. La Découverte, París 2001) y de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/, y se encuentran analizados en SERRA, F. "La dimensión este de la UE: políticas para los países de la Europa Central, del Este y Rusia", en BARBÉ, E. (coord.), *Política exterior europea*, Ed. Ariel, Barcelona, 2000, p. 174-181, así como en SERRA, F. "Rusia: una lejanía acentuada", en BARBÉ, E. (coord.) *España y la Política exterior de la UE. Entre prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*. Barcelona: Cuaderns de Treball IUEE, 2002, p. 113-126.
2. Datos extraídos de <http://www.recep.org>, página web de la fundación *Russian Economic Trends*.
3. El artículo de Paul Kennedy "La desaparición de Rusia" (*El País*, 11/5/2002, p. 12) refleja claramente la gravedad del problema demográfico ruso y la incertidumbre ante esta tendencia aparentemente irreversible.
4. Para el seguimiento de los procesos electorales en Rusia resulta útil el control que realiza periódicamente el *Anuario Internacional CIDOB*, así como las sucesivas ediciones del *Keesing's Record of World Events*, entre otros.
5. Es muy amplia y variada la literatura que surge en esta época reflejando la victimización de la sociedad rusa. Por la personalidad de su autor, por su fácil acceso al público occidental y por la audiencia que tuvo en su momento en Rusia tal vez el título más significativo sea la obra de Alexander Solzhenitsin, *El colapso de Rusia* (Ed. Espasa, Madrid, 1999), donde el premio Nobel pormenoriza los agravios que, a su juicio, sufre Rusia a causa de su osadía espiritual e ideológica.
6. En rigor, al antioccidentalismo ruso no le faltan referencias reales para crear una psicosis de ruso-fobia en Occidente; tal vez el referente más recurrido en esta etapa haya sido el autor estadounidense Z. Brzezinsky quien, en su libro *El gran tablero mundial* (Ed. Paidós, Barcelona, 1998) no escatima prevenciones hacia una Rusia refortalecida, y llega a proponer su partición definitiva.
7. Como reflejo del crecimiento de la Iglesia Ortodoxa Rusa, diremos que el número de diócesis se ha visto incrementado entre 1989 y 2001 de 67 a 128, las parroquias han pasado de 6.893 en 1989 a 19.000 en 2001, y los monasterios, que en 1980 sólo eran 18, son en la actualidad 480 (según datos publicados en <http://www.russian-orthodox-church.org.ru/>).
8. Podemos ver un detallado seguimiento de la actitud occidental ante la primera intervención en Chechenia en KUZIO, T. "International Reaction to the Chechen Crisis". *Central Asian Survey*. Vol. 15 (1996), p. 100-101.
9. Véase SERRA, F., "Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI", en http://sele.ne.uab.es/_cs_iuee/catala/obs/m_working.html.

Referencias bibliográficas

- AGUIRRE, M. "Occidente ante la cuestión rusa", *Cuadernos del Este*. No. 15 (1995).
- AGUILERA DE PRAT, Cesáreo R. "Asimetría federal y relaciones bilaterales centro-periferia en Rusia", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 51-52 (diciembre 2000-enero 2001), p. 7-24.
- AGUILERA DE PRAT, Cesáreo R. "Rusia y la CEI ¿relaciones de política exterior o interior?", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 42 (septiembre 1998), p. 7-20.
- BARANOVSKY, V. "Russian Foreign Policy Priorities and Euroatlantic Multilateral Institutions", *The International Spectator*. (enero-marzo 1995).
- BARANOVSKY, V. "Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects". Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopölitinen instituutti. Helsinki: Institut für Europäische Politik, 2002.
- BLACKWILL, R. D. "La Russie et l'Occident", *Politique Étrangère*. No. 1, (1994), p. 393-405.
- BRZEZINSKI, Z. *El gran tablero mundial*. Barcelona: Ed. Paidós, 1998.
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, H. "Nostalgies impériales?", *Politique Internationale*. No. 75 (1997).
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, H. "Russie, a la recherche de l'identité perdue", *Politique Internationale*. No. 60 (1993).
- GRUSHEVSKI, A. "Mitos de la conciencia nacional rusa", *Cuadernos del Este*. No. 11 (1994).
- KERR, D. "The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia's Foreign Policy", *Europe-Asia Studies*. Vol. 47. No. 6 (1995), p. 977-988.
- KUZIO, T. "International Reaction to the Chechen Crisis", *Central Asian Survey*. Vol. 15 (1996), p. 100-101.
- KUZIO, T. *Ukrainian Security Policy*. Londres: ed. Praeger, 1995.
- MEDVEDEV, S. "Russia's Futures. Implications for the EU, the North and the Baltic Region". Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopölitinen instituutti. Helsinki : Institut für Europäische Politik, 2000.
- MORRISON, J. "Pereyaslav and After: the Russia-Ukraine Relationship", *International Affairs*. No. 4 (1993), p. 677-703.
- MROZ, J. / PAVLIUK, O. "Ukraine: Europe's Lipchin", *Foreign Affairs*. No. 3, 1996, p. 52-62.
- ROY, O. *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*. Madrid: Sequitur, 1998.
- SAPIR, J. *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*. Paris: Ed. La Découverte, 1996.
- SERRA, F. "La dimensión Este de la UE : políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia". En: BARBÉ, E. (coord.) *Política Exterior Europea*. Barcelona: Ed. Ariel, 2000, p. 159-189.
- SIMON, G. "La Russie: une hégémonie eurasiennne?", *Politique Étrangère*. No. 1 (1994), p. 29-47.
- SMOLANSKY, O. "Ukraine's Quest for the Independence: the Fuel", *Europe-Asia Studies*. No. 1, 1995, pp. 67-90.
- SOLZHENITSIN, A. *El colapso de Rusia*. Madrid: Espasa, 1999.
- TAIBO, C. *La Rusia de Yeltsin*. Madrid: Síntesis, 1995.
- TAIBO, C. "Sobre la realidad política rusa", *Cuadernos del Este*. No. 20, (1997).
- TRENIN, D. "Stratégie russe; une difficile naissance", *Politique Étrangère*. No. 1 (1997).
- ZLOTOWSKI, Y. "L'Économie et la société russes après le choc d'août 1998 : rupture ou enlèvement", *Les études du CERI*. No. 51, (1999).